

notas editoriales

COLOMBIA es, por excelencia, el país de modas. Pero de modas retrasadas. La reciente innovación de la toga y el birrete en nuestros tribunales de justicia es prueba, entre otros testimonios, de ello. El uso de esos dos atuendos vestimentarios —símbolo conjunto de sabiduría y dignidad— data, particularmente en Europa, desde tiempos inmemoriales. Allí, la toga y el birrete, en tratándose, verbigracia, de medicina, son adornos, requisito sine quanon en las grandes ceremonias así profesoras como académicas.

Sería ésta, la oportunidad de implantar, obligatoriamente, al menos en la Academia Nacional de Medicina, la rutina de tales atavíos, lo mismo en las sesiones solemnes como en la recepción de miembros de número.

Desde luego que para ello se esgrimirán dos argumentos que, al fin y al cabo, vendrían a ser meros sofismas de distracción. El primero —claro está— de origen estético: estas prendas, diríase, han menester de alguna estatura física, siendo entendido que la mayoría de los honorables académicos es de talla exigua, lo cual, necesariamente, se prestaría para el ridículo, la caricatura y el remoquete. Por diminuto que fuere el cuerpo de un académico, la calidad de su sabiduría, suple, amortigua, proporcionalmente, la cantidad de sus secuelas orgánicas. Por lo demás, todo varón de ciencia, desprecia, impasible, cualesquiera befas del respetable público.

El segundo argumento encaja hacia lo financiero: el traje, se argüiría, resultaría superior a las posibilidades económicas de no pocos inmortales, especialmente por estas épocas de devaluación en las que operan impuestos hasta en las maneras de sentir, pensar y obrar. No faltará, pues, una sobre tasa para la toga y el birrete que se considerarían, entonces, como adnículos de lujo.

Sin embargo, tamañas consideraciones al respecto, subsanaríanse mediante cuotas colectivas para confeccionar tres tipos de prendas con tallas distintas: la superior, la mediana y la pequeña, junto con dos moldes de anchura: el gordo y el flaco.

Porque dígase lo que se quiera, nada imprime tanto decoro, solemnidad y respeto a los ceremoniales públicos de una Academia como el uso, durante ellos, de la toga y el birrete!

Queda, pues, el desarrollo de esta idea —quizás viable— y, ¿por qué no?, a la eficiencia insomne del honorable académico Laurentino Muñoz.

HE leído con devoción cordial —y no era para menos!— el discurso que acerca de “El Médico y nuestro tiempo”, pronunciara con motivo del 25º aniversario de la Federación Médica, aquel consumado humanista que es Daniel Arango.

Este estudio es magistral como todos los suyos. Mayormente, habida cuenta de que Arango no es facultativo, aunque posee, en cambio, un tan jugoso conocimiento de la historia galénica, que ya se lo quisieran nuestros más conspicuos colegas.

En referencia a la profesión, Daniel Arango, hilvana verdades incontrovertibles. Esto es: “cosas que se creían certidumbres, nociones, convicciones, teorías conclusas. Exactamente todo lo contrario de lo que tenemos ahora: la historia de un desorden, de un mundo de cosas agrietadas, de decepciones de la evidencia. No obstante su pretensioso bagaje científico, nuestro tiempo tiene también la miope vista del sastre que escudriña en la luz del anochecer”.

Ello es evidente y confirma, una vez más, aquel viejo adagio, caro a mis reminiscencias y que no me canso de repetir: la medicina avanza pero nunca llega!

Daniel Arango, inmerso en lecturas de antiguos, modernos y contemporáneos mamotretos, tampoco se equivoca cuando afirma: “Pues bien: he obtenido por fuera de cualquier consideración científica, una conclusión que no preveía: que no hay cosa en el cielo y en la tierra que no se le exija al médico”.

Y, agrega con certera puntería: “Una vez levantadas, se han derrumbado muchas cosas en este tiempo. De un Freud inmenso, por ejemplo, se ha llegado a la opereta de la psicología”. Y luego dice: “cuando se pide un retorno a los ideales hipocráticos, no dejo de pensar en la candorosa carga tónica que nos suministran los consejos para alcanzar la bondad o para ser felices”.

En ello tiene y le sobra toda la razón. El hipocratismo puro, integral como lo concibiera la escuela de Cos, ha tiempo que dejó de existir.

Lástima grande —y muy grande —que Arango, en su extraordinario estudio, no hubiera espigado dentro del Neo-Hipocratismo, arco toral de la medicina contemporánea.

A riesgo de que se me aduzca, por algunos, “la miope vista del sastre que escudriña en la luz del anochecer”, me atrevo a exaltar las excelencias del Neo-Hipocratismo. Cual lo anota Pierre Delore, hipocratismo y neo-hipocratismo no son, ni mucho menos, sinónimos. El hipocratismo señala un retorno al pasado y, en ese sentido, evidentemente, no merece ninguna consideración. Empero, el prefijo Neo, marca derroteros nuevos: ensayo de síntesis del progreso con la tradición, de la medicina científica y biológica con ciertos principios tradicionales siendo bien entendido que la clínica, es el fundamento del neo-hipocratismo.

En fin: la brillante erudita actuación de este profesor de Historia de la Cultura, en el 25º aniversario de la Federación Médica, fue una hermosa fiesta del espíritu.

Edmundo Rico